

DOMINGO II ORDINARIO “B”

“¿Dónde vives? Vengan y lo verán.”

1 S 3,3b-10.19:

“*Habla, Señor, que tu siervo te escucha*”

Sal 39:

“*Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad*”

1 Co 6,13c-15a.17-20:

“*Sus cuerpos son miembros de Cristo*”

Jn 1,35-42:

“*Vieron dónde vivía y se quedaron con él*”

I. LA PALABRA DE DIOS

Todo el tiempo de Navidad, la liturgia subrayaba el aspecto de manifestación de Jesucristo. Y en el tiempo de Epifanía se ha intensificado este aspecto. El Hijo de Dios se ha manifestado al mundo y al mismo tiempo nos manifiesta al Padre. La lectura del Evangelio de este domingo prolonga la manifestación de Jesús en la Epifanía y en la Fiesta del Bautismo. Esto es lo que subrayaba la liturgia del Bautismo del Señor: una verdadera teofanía (manifestación de Dios) de la Trinidad. El cielo rasgado pone al descubierto el misterio de Dios. Jesús se revela como Hijo del Padre y Ungido del Espíritu. El Padre manifiesta su complacencia en el Hijo muy amado.

Más significativo todavía es que toda esta grandeza de Cristo se manifiesta en su humillación. A Jesús el bautismo no le hace Hijo de Dios, porque lo es desde toda la eternidad como Verbo, y como hombre desde el instante de su concepción. Al bautizarse se pone en situación de profunda humillación: pasa por un pecador más que busca purificación. Pero es precisamente en esa situación objetiva de humillación donde se revela lo más alto de su divinidad: un aspecto que no deberíamos olvidar del misterio de Navidad, que tiene consecuencias incalculables para nuestra vida. No brillamos más por el brillo humano o por el aplauso de los hombres, sino por participar del camino de humillación de Cristo.

En la celebración eucarística se hace presente para nosotros el misterio que celebramos. Tocamos el misterio y el misterio nos transforma. Si vivimos la liturgia, si la celebramos con fe profunda, va creciendo en nosotros el conocimiento de Dios, Él va irradiando en nosotros la luz de su gloria (2Co 4,6) y vamos siendo transformados en su imagen, vamos reflejando su gloria (2Co 3,18). Si de veras vivimos la liturgia, vamos siendo transfigurados, vamos siendo convertidos en teofanía también nosotros...

«*Este es el Cordero de Dios*». El evangelista Juan es el único evangelista que indica que los primeros seguidores de Jesús habían pertenecido al grupo de

discípulos de Juan el bautista. Todo empieza con un testimonio. La fe de sus discípulos y el hecho de que sigan a Jesús es consecuencia del testimonio de Juan. Así de sencillo. ¡Cuántas veces a lo largo de nuestra vida tenemos oportunidad de dar testimonio de Cristo! En cualquier circunstancia podemos indicar como Juan, con un gesto o una palabra, que Cristo es el Cordero de Dios, es decir, el que salva al hombre y da sentido a su vida. El que muchos crean en Cristo y le sigan depende de nuestro testimonio, mediante la palabra y sobre todo con la vida.

«*Vengan y lo verán*». El testimonio de Juan desperta en sus acompañantes el interés por Jesús; sienten una fuerte atracción por Él. Por eso le siguen. Jesús no les da razones ni argumentos. Simplemente les invita a estar con Él, a hacer la experiencia de su intimidad. Y esta fue tan intensa que se quedaron el día entero; y san Juan, muchos años más tarde recuerda incluso la hora —«*hacia las cuatro de la tarde*»—. También nosotros somos invitados a hacer esta experiencia de amistad con Cristo, de intimidad con Él. —Vengan y lo verán. «*Gusten y vean qué bueno es el Señor*» (Sal 34,9).

«*¡Hemos encontrado al Mesías! ... Lo llevó a Jesús*» La expresión usada (“hemos encontrado”) en griego se dice *Eurékamen*, que recuerda el famoso grito de Arquímedes (¡*Eureka!*, ¡lo encontre!) cuando descubrió su famoso principio hidrostático. Pero, en la historia humana, el descubrimiento de cualquier persona por otra siempre es de más valor que descubrir un principio de la física; más aún, si la persona *encontrada* es Cristo.

La experiencia de Cristo es contagiosa. El que ha experimentado la bondad de Cristo no tiene más remedio que darla a conocer. El que ha estado con Cristo se convierte también él en testigo. Y no pretende que los demás se queden en él o en su grupo, sino que los lleva a Cristo. La actitud de Andrés nos enseña la manera de actuar todo auténtico apóstol: «*Hemos encontrado al Mesías... Y lo llevó a Jesús*».

II. LA FE DE LA IGLESIA

Las llaves del Reino (551)

Desde el comienzo de su vida pública **Jesús eligió unos hombres en número de doce** para estar con Él y participar en su misión; les hizo partícipes de su autoridad «*y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar*» (Lc 9,2). Ellos permanecen para siempre asociados al Reino de Cristo porque **por medio de ellos dirige su Iglesia**.

El apostolado (863, 864, 1998)

Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de San Pedro y de los apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es "enviada" al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también **vocación al apostolado**. Se llama "apostolado" a **toda la actividad del Cuerpo Místico que tiende a propagar el Reino de Cristo por toda la tierra**.

Siendo Cristo, enviado por el Padre, fuente y origen del apostolado de la Iglesia, es evidente que **la fecundidad del apostolado**, tanto el de los ministros ordenados como el de los laicos, depende de su **unión vital con Cristo**. Según sean las vocaciones, las interpretaciones de los tiempos, los dones variados del Espíritu Santo, el apostolado toma las formas más diversas. Pero es siempre **la caridad**, conseguida sobre todo en la Eucaristía, el alma de todo apostolado.

La Iglesia es una, santa, católica y apostólica en su identidad profunda y última, porque **en ella existe ya y será consumado al fin de los tiempos "el Reino de los cielos", "el Reino de Dios"**, que ha venido en la persona de Cristo y que crece misteriosamente en el corazón de los que le son incorporados hasta su plena manifestación escatológica. Entonces todos los hombres rescatados por Él, hechos en Él «*santos e inmaculados*» en presencia de Dios en el Amor, serán reunidos como el único Pueblo de Dios, «*la Esposa del Cordero*», «*la Ciudad Santa que baja del Cielo de junto a Dios y tiene la gloria de Dios*» (Ap 21, 10-11); y «*la muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero*» (Ap 21, 14).

Esta vocación a la vida eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo Él puede revelarse y darse a sí mismo. Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como de toda criatura.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

“Ciertamente nosotros trabajamos también, pero no hacemos más que trabajar con Dios que trabaja. Porque su misericordia se nos adelantó para que fuésemos curados; nos sigue todavía para que, una vez curados, seamos vivificados; se nos adelanta para que seamos llamados, nos sigue para que seamos glorificados; se nos adelanta para que vivamos según la piedad, nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, pues sin Él no podemos hacer nada” (San Agustín).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

Muchas veces, Señor, a la hora décima -sobre mesa en sosiego-, recuerdo que, a esa hora, a Juan y a Andrés les saliste al encuentro.

Ansiosos caminaron tras de tí...

“¿Qué buscáis...?” Les miraste. Hubo silencio.

El cielo de las cuatro de la tarde halló en las aguas del Jordán su espejo, y el río se hizo más azul de pronto, ¡el río se hizo cielo!

“Rabí -hablaron los dos-, ¿en dónde moras?”

“Venid, y lo veréis”. Fueron, y vieron...

“Señor, ¿en dónde vives?”

“Ven, y verás”. Y yo te sigo y siento que estás... ¡en todas parte!, ¡Y que es tan fácil ser tu compañero!

Al sol de la hora décima, lo mismo, que a Juan y a Andrés -es Juan quien da fe de ello-, lo mismo, cada vez que yo te busco, Señor, ¡sal a mi encuentro!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Amén.